

RAMÓN ARCUSA

**SOY UN TRUHAN,
SOY UN SEÑOR**

(o casi)



m̄

RAMÓN ARCUSA

SOY UN TRUHAN, SOY UN SEÑOR (O CASI)

m̄r

© Ramón Arcusa, 2020
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Martinez Roca es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

Imágenes de cubierta e interiores: Archivo del autor. El editor hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para localizar y recabar la autorización de los propietarios del copyright de las imágenes que ilustran esta obra, manifiesta la reserva de derechos de la misma y expresa su disposición a rectificar cualquier error u omisión en futuras ediciones.
Letra de «Resistiré»: © Peer Music y Sony ATV España
Letra de «La vida sigue igual»: © Warner Chappell Music

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño

ISBN: 978-84-270-4734-1
Depósito legal: B. 10.047-2020

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Impreso en España / *Printed in Spain*
Impresión: Huertas, S.A.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de **manera sostenible**.

ÍNDICE

PRÓLOGO	11
I. EL DÚO DINÁMICO	13
II. <i>FLASHBACK</i>	33
III. EN MARCHA	67
IV. TRAVESÍA DEL DESIERTO	137
V. EL REGRESO	154
VI. CON JULIO IGLESIAS	175
VII. JULIO, JULIO, JULIO	228
EPÍLOGO: GRACIAS A LA VIDA	249
AGRADECIMIENTOS	251
ÍNDICE ONOMÁSTICO	253

EL DÚO DINÁMICO

La primera vez

Algún día os contaré lo de cuando Frank Sinatra me pidió que le cantara de nuevo mi canción. Pero eso fue mucho más tarde.

El locutor Enrique Fernández nos preguntó: «¿Cómo os presento?». Le dijimos casi a dúo: «*The Dinamic Boys*». Era una inocente, dominguera y fría mañana de un 28 de diciembre, el de 1958, en la Plaça del Sol de Barcelona, en un festivo entoldado de invierno. Atrás quedaban los intentos por competir en un concurso de Radio Barcelona, que era únicamente para solistas y de cuyo *casting* habíamos salido rebotados —y recomendados— para *La comarca nos visita*, un programa en directo con público. Unos pocos días antes, el 24 de ese mes, habíamos cantado para los compañeros de la fábrica Elizalde, donde trabajábamos de delineantes —íbamos para peritos industriales—, en la ritual entrega de regalos navideños de la empresa. Escucharon «*White Christmas*», y en inglés, claro: faltaría más.

Atrás quedaban también los concursos de jotas, que —solo o con mi hermano Alfredo, siendo adolescentes— había ganado en el Centro Aragonés Goya, y, mucho más cercanas, nuestras

visitas al Club Hondo de la calle Muntaner, cerca de Travesera, donde Manolo hacía sus pinitos y se codeaba con Tete Montoliu, el gran saxo Roda y el batería Ramón Farrán, máximos exponentes del jazz barcelonés de entonces. ¡Ah, el Club Hondo! Hasta Lionel Hampton había tocado allí. Sería a primeros de 1959 cuando Tete nos daría la oportunidad de cantar, con su grupo, en el salón del Hotel Majestic, en el Paseo de Gracia, en las imprescindibles, burguesas y cursis tardes dominicales de té y *brasería*. Por todo pago, recibíamos... la merienda. Para que luego digan. Manolo y yo estábamos en la gloria. Era como un romance, un flirteo entre el público y nuestra música. Nos gustábamos mutuamente. ¿Hay algo más emocionante y satisfactorio que el flirteo?



Manolo y yo practicando en 1959.

Volviendo a Enrique Fernández: «Puesto que no sé inglés, os anunciaré como Dúo Dinámico». Encogidos los hombros y prietas algunas partes, aceptamos el nombre. En aquellos momentos iniciales, no estábamos en condiciones de llevar la contraria por nada a nadie... A pelo con la guitarra, salimos a cantar un par de temas esnobs que casi nadie conocía, embutidos en

unos jerséis que nos habían hecho nuestras benditas madres, a pesar de que no lo tenían nada claro, a diferencia de nosotros, que sí. Y obtuvimos la recompensa inmediata en forma de aplausos y firmamos nuestros primeros autógrafos a unas quinceañeras que estaban en aquel *envelat*, lo que auguraba un futuro muy seductor. Había hambre de que alguien joven en España cantase para los jóvenes y nosotros cogimos esa bandera, entonces rebelde. Se nos abrió así todo un mundo mágico, muy lejano del de la fabricación de motores de aviación en el que habíamos militado, Elizalde S. A.

Faltaban unos meses todavía para que alguien «profesional» se fijase en nosotros y nos propusiera grabar un disco, cosa que sucedería a finales de aquel verano del 59, hace ya, quién lo diría, más de sesenta años. Pero aquel 28 de diciembre en la Plaça del Sol fue nuestro bautismo, la «primera vez» para el Dúo. España se despertaba del mal sueño de la dictadura, y nosotros, inconscientemente, contribuíamos a ello. No sé si os interesa todo esto, pero queda mucho por contar.

Verdes nos ven, de rojo iremos

El director de la Compañía del Gramófono Odeón —aquella de la gramola y el perrito—, el señor Alberich, nos dijo muy serio: «No tenemos presupuesto para una foto en color para la portada, será en blanco y negro». Manolo de la Calva y yo nos miramos incrédulos. Nos habíamos comprado para «esa» foto unos jerséis (bien rojos) en Gonzalo Comella, en Via Augusta con Diagonal, de manera que dijimos: «Pues la pagaremos nosotros, pero será en color». Y buscamos al mejor fotógrafo, Jaume Déu Casas, quien nos hizo la foto que sirvió para la portada de nuestro primer EP, aquellos vinilos con cuatro canciones. La foto nos costó mil pelus, pero era barata: sabíamos lo importante que

era la imagen. Ellos, no. Antes, a primeros de año (estamos en 1959 y seguimos en Barcelona), habíamos visitado varias emisoras de radio y todas nos iban a dar oportunidades. Primero, Radio Juventud en un programa que dirigían José Luis Barcelona y Pilar Matos los domingos por la mañana. Luego fue Radio Nacional, en un programa *magazine* de gran éxito, *Fantasia*, los sábados por la tarde, dirigido por los popularísimos Jorge Arandes y Federico Gallo, donde nos hicimos habituales. Y más tarde, el *Show de las 2*, con el maestro Joaquín Soler Serrano. A todos les debemos mucho.

Empezábamos a ser conocidos, la gente llamaba a las emisoras, se interesaban por nosotros. Una vez llamó un tal señor Montserrat, de quien luego supimos que regentaba un famosísimo restaurante llamado La Masía, en Pedralbes. Era uno de los lugares más chic de Barcelona, y nos ofreció cantar allí. Nos daba cuatrocientas pesetas (menos de tres euros de ahora) por noche, y nosotros encantados: hubiéramos cantado gratis. Nos acompañaba la orquesta de Dodó Escolá, que se deshizo para que nos sintiéramos cómodos. Dodó Escolá era un personaje que, además de gran músico, destacaba por su gran sentido del humor y era muy querido en Barcelona. Hacíamos tres salidas, como «atracción», de tres canciones cada una.

Lo de cantar por la noche en La Masía tenía un gran inconveniente. Seguíamos trabajando en Elizalde y allí fichábamos a las 7:30 de la mañana. Llegábamos a casa a las tres de la madrugada y teníamos casi una hora de viaje hasta la fábrica, que la habían trasladado desde Rosellón-Paseo de San Juan, al extrarradio, a San Andrés. Queríamos demostrar a nuestras familias que lo de la música podía ser, así que decidimos seguir trabajando de día (de 7:30 a 17:00) y cantar de noche (desde las 21:00 a las 2:00) en La Masía. Aquellos tres meses de verano fueron decisivos y una prueba de fuego de la cual salimos victoriosos, aunque, eso sí, nos dolía el alma de tanto pasar sueño, no sé cómo resis-



Con José Luis Barcelona en Radio Juventud (1959).

timos. Nuestros padres, que se habían sacrificado para que estudiásemos una carrera, no llegaban a entender que pudiéramos pretender vivir de una profesión tan poco seria. Nosotros, ya, sí, y se lo queríamos demostrar.

Los gerifaltes de la Gramófono Odeón habían venido a vernos cantar en marzo de ese año al club-cabaré Sarriá, situado en la calle de ese nombre, que luego fue el Club 1400 y que ahora ocupa una clínica oftalmológica. Y nos propusieron hacer una prueba, aunque, después de escucharla, nos bajaron los humos al decirnos que todavía estábamos verdes. Lo entiendo perfectamente cuando hoy escucho nuestras primeras grabaciones, donde, aunque si bien había algún atisbo de talento, lo que mandaba era el amateurismo. Pero lo más importante eran nuestra juventud y nuestras ganas, y, por qué no decirlo, nuestra pinta.

La primera guitarra eléctrica se la compramos, cuando actuábamos en el *cabaret* Bolero, en la Rambla de Cataluña, a un músico español afincado en Francia que tocaba allí con su grupo. Es la que aparece en nuestro primer disco, y nos costó seis mil pesetas. Allí nos venía a ver casi cada noche Concha Velasco, que era



La sala Bolero, en Barcelona (1960).

la segunda *vedette* de una revista (tendría diecisiete años no más, bellísima) que se representaba en la puerta de al lado, en el Teatro Calderón, que ahora ocupa un hotel NH del mismo nombre, en la esquina con Diputación. Eso sí, Concha venía acompañada de su madre, que nos mantenía ¡pero que muy a raya! Debíamos de tener mala fama...

Los du-du-á

Para lo de cantar pop no existen escuelas ni universidades, por tanto, has de ir por tu cuenta, aprendiendo de aquí y de allá, copiando, ensayando y aplicando —como en casi todo en la vida— el sentido común.

Es lo que hacíamos. En el Club Hondo teníamos al alcance los discos últimos —que nos traía Frank, un azafato de Air France— de Elvis, Sinatra, Fats Domino, The Platers, Nat King

Cole, Paul Anka y de quienes para nosotros eran los maestros: los Everly Brothers, que poseían un talento único para hacer voces. Hasta grabamos un par de sus canciones, como «*Dream*» o «*Bye Bye Love*»; aprendimos con ellos y creemos que también sirvieron de inspiración a los Beatles: hay mucho de aquellos en sus armonías de los primeros tiempos. A medida que avanzábamos, notábamos que nuestras voces se iban ajustando, sonaban distintas a las de otros grupos, eran identificables, y eso era básico.

Al principio nos llamaban los du-du-á porque, para rellenar, uno cantaba la melodía y el otro hacía el du-du-á de acompañamiento. Era divertido; hoy, casi cómico a la luz del tiempo. Pero funcionaba. Y hacíamos voces de tal manera que, a veces, daba la impresión de que éramos más de dos, con armonías que me inventaba para la segunda voz, muy lejos de las clásicas tercerolas propias de los dúos. Nuestra base de trabajo estaba en mi casa, en Rosellón, cerca de la avenida Gaudí, donde ensayábamos. Con los primeros dineros ganados nos habíamos comprado un magnetófono Grundig y allí probábamos las voces grabando temas propios y ajenos. Los de Odeón vinieron una noche a La Masía y, no sin cierta alevosía, nos trajeron para firmar un contrato discográfico. No teníamos ni idea de lo que firmábamos, pero nos daban una oportunidad, algo inimaginable hacía unos meses. Debían de creer que ya habíamos madurado.

«Tenéis que estar a las tres de la tarde». Nos citaron para grabar en un magnífico estudio para aquel tiempo, en su sede de la calle Urgel, frente a la Escuela Industrial, donde hoy hay pisos que construyó, creo recordar, Núñez y Navarro. La sesión duraba cuatro horas e incluía dos descansos para los músicos conforme a los baremos del Sindicato (vertical) del Espectáculo, al que era obligatorio pertenecer para poder ejercer cualquier profesión, y, en aquello, nosotros no éramos una excepción. Lo que había disponible entonces era muy poco, si se piensa que

veinticinco años más tarde llegamos, con Julio Iglesias, a emplear casi un año, miles de horas y, en algún caso, más de un millón de dólares en terminar un álbum grabado en 48 pistas digitales, algo habitual entre las grandes figuras en un momento de apogeo de la industria fonográfica. Hoy, muchos tenemos un sistema de grabación digital en casa muy superior a los mejores del siglo pasado. Pero, en 1959, en el mejor estudio de España no había más que magnetófonos de una pista, mono, ni siquiera estéreo, y en cuatro horas y en directo habíamos de grabar para la historia —o no— las cuatro canciones de cada EP. Así quedaron algunas, claro. El ingeniero de sonido se jugaba la vida, porque tenía que hacerlo bien a la primera después de apenas un par de ensayos. Y nosotros y los músicos, también. La falta de medios obligaba a sacar lo mejor de cada uno.

De forma inconsciente, Manolo y yo pusimos en práctica lo siguiente. Queríamos ser los mejores, eso lo teníamos claro. Íbamos a hacerlo todo de la mejor forma que supiéramos, con humildad. Que fueran los demás los que detectaran nuestro talento si lo teníamos, y que fueran ellos los que nos auparan o nos denostaran. Pienso que hicimos lo correcto: presumir nunca ha sido bueno, ni vender la piel del oso antes de cazarlo.

Aquellas grabaciones en directo tenían una intensidad que luego muchas han perdido, pues el artista hoy en día acostumbra —acostumbramos— a repetir hasta la náusea un tema, dejando a menudo en el camino la frescura con la que fue concebido.

Voy a contar algo curioso. Aunque parezca mentira, las compañías de discos no regalaban las novedades a las radios. ¡Ah, amigo! Si estas querían radiarlas, tenían que comprarlas como cada hijo de vecino. Consecuencia: para promocionar las canciones, íbamos a las radios con la guitarra o, en ocasiones, acompañados por la orquesta del maestro Alfredo Doménech en Radio Nacional, y las cantábamos en directo: «Amigos, os vamos a dedicar esta canción que acabamos de grabar». Así en cada emisora.

Los libros sobre música pop dicen que fuimos los primeros en grabar un rock en España: «Cowboy». Curiosamente, era un tema compuesto por Renato Carosone, un clásico de entonces. Los italianos siempre nos han llevado ventaja en esto de la música y también en lo de ligar.

El disco de vinilo de 45 rpm con cuatro canciones, ya publicado y con la foto que queríamos, nos lo mandaron a mediados de septiembre a la

Base Aérea de Valenzuela, en Zaragoza, donde habíamos empezado a cumplir la mili después de haber pasado una semana Manolo y yo en un calabozo del destacamento de El Prat. Ahora os lo contaré.

Vendíamos una media de cien mil ejemplares de cada uno de aquellos vinilos que sacaba la compañía. Es curioso pararse a pensar en lo siguiente. Se calcula que en ese tiempo habría en España tan solo unos cincuenta mil *pickups*, tocadiscos caseros. ¿Y los otros cincuenta mil que se vendían? Esos jerséis rojos...

Fue en 1964 cuando llegó a *nuestro* estudio de Odeón un cuatro pistas que habían mandado desde Abbey Road por orden de la compañía central en Londres. Era el que habían utilizado los Beatles para sus primeras grabaciones. Ahora lo cuento porque parece histórico, pero, a la sazón, ni pensábamos en ello. Empezamos entonces a «sonar» en estéreo, muchísimo mejor, claro, con «Esos ojitos negros». En Londres, los Beatles grababan ya ¡en un ocho pistas!



Ensayando en mi casa con el Grundig (1962).

Desertores

El señor Brusés, un hombre de grueso mostacho y generalmente afable, nos llamó a su despacho y, como temíamos, nos hizo un juicio militar rápido. Era coronel del Ejército del Aire y, además de ingeniero aeronáutico, ejercía el mando (como director) en la empresa ENMASA (ex Elizalde S. A.). Aquel día se nos antojó verlo con uniforme militar, a despecho de ir de paisano. Con voz grave, nos reprochó el haber transgredido las ordenanzas militares: se nos castigaría por ello.

Algo de razón tenía. Manolo y yo ya habíamos comunicado nuestro propósito de abandonar la fábrica para dedicarnos enteramente a la música y habíamos pedido una semana de permiso después de las vacaciones, pero algún celoso funcionario nos lo había denegado. Haciendo caso omiso, nos escapamos esa semana, y eso fue lo que enojó al militar Brusés. «Desertores» era la figura. Bueno, desertores *light*, tampoco exageremos.

ENMASA era una empresa militarizada; bajo el paraguas del INI (Instituto Nacional de Industria entonces) y por un convenio interministerial, los trabajadores en situación de reemplazo —la mili era obligatoria— hacían solo tres meses de instrucción militar —que ya habíamos hecho— y un par de horas de lo mismo cada sábado, hasta cumplir los dieciocho meses. Era un chollo: hacías la mili mientras trabajabas y cobrabas el sueldo íntegro. Pero luego se dieron cuenta de que, al licenciarse, la mayor parte de los jóvenes se marchaba a la empresa privada, donde pagaban mejor, y quisieron atajar la diáspora obligando a los quintos a permanecer en ENMASA durante cinco años, cosa a la que no estábamos dispuestos.

Teníamos prisa. La razón de esa semana de novillos militares era cumplir un contrato que nos había conseguido el señor Riera, nuestro primer representante, para cantar en el Hostal de la Gavina, de S'Agaró, lugar entrañable y lo más *in* de la Costa

Brava, entonces y ahora. Pero es que, además, ¡íbamos a actuar en el mismo *show* junto a la Orquesta de Xavier Cugat! cuando llevaba como vocalista a su entonces esposa Abbe Lane, mujer bella y *sex symbol* donde las hubiera. ¿Cómo podíamos rechazar la gran oportunidad de compartir cartel con dos figuras de Hollywood? Ni locos, no importaba cuál fuera el precio. Lo tuvo.

El precio por nuestra «deserción» fue una semana de calabozo en una especie de cuartelillo casi abandonado que había en El Prat, bajo el mando —no me preguntéis por qué— de un sargento de la Legión. Nos llevamos de casa los cepillos de dientes y algunas pertenencias y allí dormitamos Manolo y yo siete días y siete noches, saliendo solo para ducharnos y para limpiar todo lo *limpiable* en el destacamento. Bueno, no exactamente. Nos hicimos amigos del sargento —este sí apreciaba nuestro incipiente éxito— y por eso nos dejó salir una noche, jugándose, para cantar en una *boite* de Calella regentada por el *showman* Chufo, quien años más tarde tuvo en Barcelona una discoteca de gran éxito con su nombre, Don Chufo, y quien fue también mánager del gran Pedro Ruiz. Nos dijo el sargento: «Aquí te-



En la mili en Zaragoza (1960).

néis la llave, pero a las siete de la mañana os quiero de vuelta y dentro de la celda, y si no, os vais a enterar». Gila no lo hubiera hecho mejor. Fuimos a cantar y volvimos a tiempo de escuchar la diana que tocaba el otro legionario que andaba por allí. Cumplida la «condena», nos tuvimos que presentar en la Base Aérea de Zaragoza, en donde tenían orden de castigarnos de nuevo, motivo por el que fuimos asignados a la Policía Aérea, la P. A.

La P. A. era una copia de la Policía Militar que tienen los norteamericanos en todas sus bases para vigilar los posibles desmanes de sus marines en las poblaciones cercanas y recoger en un *jeep*, como sacos, a sus compañeros borrachos los fines de semana. Sin embargo, la versión española era algo más prosaica. Nos tocaría hacer guardia día sí, día no, y la perspectiva no era nada halagüeña. Salvo que... habría un día, de cuando en cuando, en el que no haríamos guardia. Sería aquel en el que nos asignaran en el cuartel, como «capitán de día» (un cargo rotatorio ejercido por pilotos de cazas), al capitán Angulo.

El capitán Angulo era un forofo de la música y, al enterarse de que el Dúo estaba haciendo la mili allí, ordenó: «Traedme a Arcusa y a De la Calva. Que vengan con la guitarra». Temimos otro correctivo más, pero la duda se tornó en un alivio inesperado. Nos hacía estar todo el día con él, cantando el estribillo de su canción preferida, «*Dai, dai, dai, cowboy...*». Lo positivo, además de no hacer guardia, era que ese día comíamos en el pabellón de los oficiales, y aquello era algo mejor que el rancho.

El capitán Angulo y sus compañeros tenían la sana y curiosa costumbre de hacer vuelos rasantes con sus cazas F-86 Sabre entre los edificios cuartelarios a la hora de la instrucción matutina, lo cual casi nos obligaba a tirarnos al suelo a toda la tropa (es un decir).

Algunos años más tarde, ya en calidad de comandante de Iberia, coincidimos en algunos vuelos con nuestro excapitán, quien nos invitaba a pasar a la cabina cuando se enteraba, para

así volver a entonar juntos lo de «*Dai, dai, dai, cowboy...*». En uno de esos vuelos a Las Palmas, ordenó levantarse al copiloto e hizo que ocupara yo su lugar. Cuando íbamos a aterrizar, me decía: «¡Tira, tira de la palanca hacia arriba!», y yo, como no podía ser de otra manera, trataba de cumplir la orden de mi capitán. Por increíble que pueda parecer, aterrizamos sin problemas.

Hace unos años me invitaron a jugar al golf en la Base Aérea de Torrejón de Ardoz y me contaron unos oficiales que el comandante Angulo, nuestro capitán, había fallecido hacía algún tiempo. Siempre nos acordamos de él.

Pero allí, en Valenzuela, la mili no había hecho más que empezar.

BCN>ZAZ<BCN, en Vespa

Manolo tenía una Vespa, y esta era el medio de transporte que utilizábamos para todo: la gasolina, a medias. Me venía a buscar a casa y de allí íbamos a las radios o a nuestro lugar preferido, el Milán, donde tramábamos nuestro futuro. El Milán era un bar cafetería con una enorme terraza en la esquina del paseo de Gracia con Consejo de Ciento, magnífico, lugar de reunión imprescindible. Todo el mundo que pretendía ser algo se tenía que dejar caer por allí.

Con la Vespa fuimos a Zaragoza a lo de la mili, casi con lo puesto —la ropa «de marca» nos la iban a facilitar allí—, pero, eso sí, con la guitarra a cuestas y por aquella carretera general infernal que pasaba por las peligrosas curvas del Bruch, con parada obligatoria en Els Porrans d’Abrera para un refrigerio. Manolo era muy buen conductor y yo había aprendido a hacer de paquete, ayudándole al equilibrio en las curvas mientras aguantaba a nuestra compañera, la enorme guitarra eléctrica.

Nada particular en las primeras semanas de mili, salvo la dureza del clima debido al frío viento del Moncayo y las guardias que hacíamos para vigilar un polvorín —ignoramos para qué guerra sería— que había cerca de La Muela, en la carretera hacia Madrid, hoy famosa por su gran parque eólico y consecuente gran nivel de vida de sus habitantes. Y, otras veces, junto a los soldados americanos en el *check point* de la base conjunta, ya que éramos de los pocos que hablaban algo de inglés. Ahí escuchábamos la buena música de su emisora. En la cantina, bocadillo de anchoas y Pepsi. Y algunos interminables días, como pinches de cocina pelábamos patatas para todo el acuartelamiento: lo clásico. Siempre rezando para que volviera el capitán Angulo como capitán de día y así liberarnos un poco.

El capitán general Lacalle Larraga, jefe de la IV Región Militar Aérea, había dado órdenes expresas a los mandos de no dar ningún trato especial a los quintos famosos, específicamente a toreros, futbolistas y artistas. O sea...

Empezaban a sonar nuestras canciones en las radios zaragozanas y muy pronto nos invitaron a cantar en los matinales dominicales de Radio Juventud en el Teatro Fleta, cosa que hacíamos aprovechando el permiso de pernocta. En nuestras visitas a Zaragoza habíamos hecho bastantes amistades, entre ellas, el hijo de un famoso médico, el doctor Tabuena, perteneciente a la alta sociedad zaragozana, con amigos en el estamento militar. Total, a los seis meses, y gracias a sus *desvelos*, nos destinaron a La Plana, un acuartelamiento en el centro de la ciudad: aquello ya era otra cosa. Allí hacían la mili todos los enchufados —como nosotros—, hijos de militares, etc. Por otra parte, nos habían contratado para cantar los sábados en el NCO Club de los oficiales americanos en la ciudad. Con el dinero que ganábamos podíamos permitirnos pagar una pensión para dormir, cerca del Coso, por veinticinco pesetas diarias incluyendo una comida: un lujo.

Una noche, después de cantar en el NCO Club, tuvimos un percance que podría haber tenido consecuencias funestas. Resulta que, ese día, entre el público había dos chicas norteamericanas de muy buen ver, quizá algo mayores que nosotros, que nos invitaron a tomar una copa en su mesa y, luego, a otras más, ya en su apartamento, en un quinto piso. Estábamos allí metidos en faena cuando llamó por teléfono el novio o marido de una de ellas, quien al rato llegó, probablemente mosqueado: llama desde el portal y ya nos tienes a Manolo y a un servidor bajando por las escaleras medio desnudos, con el resto de la ropa entre los brazos, emulando un papel que parecía escrito para una película de Pajares y Esteso, mientras él subía por el ascensor. El *timing* fue crítico, ya que el militar volvía de hacer una guardia nocturna e iba probablemente armado. Ni sabíamos que estaban casadas ni tampoco se lo habíamos preguntado, por si acaso... El hambre era mucha en la mili, en todos los sentidos.

En La Plana, pasábamos revista a las nueve de la mañana y poco más: teníamos mucho tiempo libre. Allí, el jefe era el capitán Matamala, una bellísima persona a pesar de su nombre. Fue entonces cuando nos llamaron de Barcelona para ver si podíamos cantar en el Teatro Apolo durante dos semanas, en un espectáculo de variedades, *Dinamic Carrousel*, con nosotros ya de figuritas. No podíamos rechazarlo, pero, si pedíamos permiso, corríamos el riesgo de que nos dijeran que no. Así que, sin más, cogimos la guitarra y, con la Vespa, otra vez a Barcelona, jugándonosla, en la carretera y en la mili.

El penúltimo día en el teatro, vino alguien a ofrecernos actuar en TVE en sus emisiones de prueba en el estudio de Montjuïc. Era la primera vez que íbamos a una televisión, un «nuevo» medio. Era en blanco y negro, y no había todavía televisores en las casas, pero nos parecía muy positivo de cara al futuro. Hicimos la emisión en directo: todo fantástico. Salvo un pequeño



Fachada del Teatro Apolo, en Barcelona, anunciándonos como figuras.

detalle. El único televisor que probablemente había en Zaragoza lo tenía el capitán general Lacalle Larraga, aquél que no quería distinciones de trato entre los soldados de su región militar. También fue mala suerte que estuviera en casa en ese momento y que la señal llegase —no sabemos cómo— a Zaragoza, pero así fue. Montó en cólera, se enfureció con el capitán Matamala y este llamó a casa de Manolo inquiriendo con enfado a su madre que a ver dónde estaban los chicos. Dos días después, a las nueve de la mañana, llegamos a La Plana para pasar revista como si fuera un día más y vimos al capitán más cabreado de lo acostumbrado. Ya en la cantina, nos espetó: «¡Eso a mí no se me hace!». Otra vez Gila, pero la verdad es que habíamos abusado, y mucho, de su bondad.

La razón por la que no estamos aún en chirona en calidad de desertores reincidentes es porque la hija del general —con la cual habíamos coincidido y cantado en algunos guateques particulares con los hijos del doctor Tabuena y el *tout* Zaragoza—, aplacó las iras de su padre y salimos indemnes de nuevo de otro posible mal trago. La música abre algunas puertas.

Del Ejército del Aire a *Barcewood*

Ignacio F. Iquino era un prolífico productor y director de cine barcelonés todo terreno, con cierta reputación en su profesión. Hacía mucho más que otros con muy pocos medios. Aplicar el talento y gastar poco eran sus normas, como buen catalán. Quiso hacer un *remake* de la película *Botón de ancla* y pensó en el Dúo para incluirlo en el reparto. Aportaríamos canciones y algo de nuestra fama, que iba en ascenso. Nos llamó a Zaragoza, nos lo propuso, y vimos que era otra gran oportunidad. Con todo, había un pequeño inconveniente: el rodaje era para ya, y nosotros seguíamos en la mili.

Como la película era de «interés nacional», y sabiendo que nosotros no lo conseguiríamos desde Zaragoza, propusimos al señor Iquino que hiciera las gestiones correspondientes para que fuera el Ministerio de Marina —el más interesado— el que pidiera al Ministerio del Aire —del que dependíamos— el permiso de tres meses que hacía falta para permitir a —los cabos ya, ¡un respeto!— De la Calva y Arcusa rodar la película. Así fue como al final nos lo concedieron.

Nos mandaron los guiones y nos pidieron tres canciones que compusimos; entre ellas, «Guardiamarina soy», que después fue bastante popular. No habíamos ido a ninguna escuela de teatro ni habíamos actuado nunca, ni siquiera en el colegio: en aquella época, ni se estilaba ni había tiempo para esas cosas. Las prioridades eran otras. Pero íbamos a echarle la cara que hiciera falta y a hacerlo lo mejor posible, eso lo teníamos muy claro. Aprovechamos un permiso para grabar las canciones en Barcelona.

Llegamos a Marín, en Galicia. El rodaje se haría casi íntegramente en la Escuela Naval Militar. Y, de alguna manera, íbamos a seguir en la mili, ya que estábamos todo el día vestidos de guardiamarinas con uniforme de verano, de invierno o de traba-

jo, según las escenas. Los extras eran los mismos alumnos de la Escuela, e incluso algunos oficiales se prestaron a hacer de actores. Los barcos eran los de verdad, y el buque escuela Juan Sebastián Elcano, donde rodamos algunas escenas, también. Eso se llama eficiencia en la producción. El Ministerio corría con los gastos. Nos contaron que poner en marcha un barco salía por unas veinticinco mil pesetas, mucho dinero por aquel entonces. Todo sea por la patria.

En la película, dirigida por Miguel Lluch, estaban los actores Manolo Gil, Vicente Haro y Gila, entre otros. Con este hicimos una buena amistad y pasamos unos ratos hilarantemente indescriptibles. Al cabo de unos años hicimos también una gira de teatro con él. En Marín aprendimos a disfrutar de todo lo gallego, así como de la amabilidad de sus gentes, únicas. Recuerdo que una vez fuimos hasta una lonja cercana a las seis de la mañana, momento en el que se subastaban las capturas del día: unas cigalas enormes costaban, allí y entonces, una peseta cada una. Igual que ahora. En el patio de armas de la Escuela, estábamos charlando con los demás guardiamarinas en un descanso del rodaje cuando pasó por allí un oficial. Todos se pusieron de pie como un resorte, saludando militarmente, y nosotros no. «Ustedes, ¿qué se han creído?», «Perdone señor...», «¡Ni perdone ni nada: firmes!», «Pero es que...», «¡Y cállese...!». Al final, uno de los guardiamarinas *de verdad* logró hacerle comprender que éramos actores de la película. «Hombre, haberlo dicho...». Si es que no nos había dejado hablar... A partir de aquel instante, cada vez que pasaba un oficial, decidimos cuadrarnos como los demás para no repetir el equívoco: aquello nos resultaba más fácil. La película, sin ser para un Óscar, salió digna y fue muy importante en nuestra carrera, ya que era un medio más de difusión de nuestra imagen cuando la televisión no estaba aún extendida.



Escena de la película *Botón de ancla* (1960).

Nos las prometíamos muy felices pensando que ese permiso para algo «de interés militar» contaría como tiempo de mili. *Wrong*. Ya era demasiado, pensarían nuestros jefes, y, al volver a Valenzuela, cuando licenciaron a todos los de nuestra quinta, nos obligaron a estar chupando mili los tres meses que habíamos estado en Marín con la película, es decir, que lo comido por lo servido. Debió de ser su pequeña venganza, y, ¿para qué engañarnos?, nos la merecíamos después de nuestras trapisondas.

Hace algunos años, el Juan Sebastián Elcano, en su periplo anual de vuelta al mundo, recaló en Miami, y el cónsul español nos invitó a una recepción que habían programado las autoridades en el buque. Allí, aparte de escuchar y cantar con ellos algunas canciones del Dúo interpretadas por la exigua orquesta de a bordo, me encontré con más de un oficial que, como extras de *Botón de ancla*, habían participado entonces en la película interpretando el papel de su auténtica vida: guardiamarinas. Al

Juan Sebastián Elcano, que por fuera es bellissimo, pero por dentro inhóspito, con camarotes y espacios angostos e incómodos, incluso los de los oficiales, me lo imaginé navegando con sus velas desplegadas y me recorrió un escalofrío al sentir por un momento la vida tan dura, el esfuerzo y la entrega de nuestros marinos y soldados en general, algo que no apreciamos lo suficiente.

Cuando nos licenciamos, nos dimos cuenta de que teníamos todo un mundo por delante. A Zaragoza siempre la llevaremos muy adentro.